

**Omraam Mikhaël Aïvanhov**

# La piedra filosofal

*de los Evangelios a los tratados alquímicos*



**Colección Izvor**

**Nr. 241**

**EDICIONES**



**PROSVETA**

I

SOBRE LA INTERPRETACIÓN  
DE LAS ESCRITURAS



## 1 - *“La letra mata y el espíritu vivifica”*

Cuando tengo que aclararos un punto importante de la vida espiritual, me apoyo muy a menudo en la Biblia, en los Evangelios sobre todo, lo habéis constatado. Pero, al hacerlo, me doy cuenta de que algunos están pensando: “¿Pero por qué da tanta importancia a lo que está escrito en estos pobres Evangelios? Se ha demostrado tantas veces que fueron amañados, falsificados, mutilados ¡y que incluso contienen contradicciones! ¿Cómo sigue basando su enseñanza en estos textos?” Pensar así es la prueba de que no me han comprendido bien. Yo no doy un valor absoluto a la letra de los Evangelios, pero me sirven de punto de partida para reencontrar las verdades eternas enseñadas por Jesús.

Os daré una imagen.

El cielo estrellado es una de las maravillas más grandes de la naturaleza. Pero hay diferentes maneras de mirar las estrellas. Podemos coger un mapa del cielo y un libro de astronomía que exponga en detalle todo lo que se sabe sobre los astros y los

planetas: su nombre, las distancias que los separan, las diferentes materias que los componen, cómo nacen, viven y mueren, a qué leyes físicas obedece el sistema solar, etc. Ciertamente esto es muy útil y muy interesante para nuestra comprensión del universo, pero ¿qué aportará todo esto a nuestra alma y a nuestro espíritu?

He leído libros de astronomía, he escuchado a astrónomos presentar sus investigaciones y, a menudo, me he quedado muy impresionado. ¡Pero qué diferencia con las experiencias que pude hacer contemplando el cielo estrellado sin otra preocupación que la de fundirme en esta inmensidad! La paz, que poco a poco me invadía, me elevaba; mi único deseo era despegarme de la tierra, trasladarme muy lejos en el espacio para entrar en relación con las entidades espirituales cuyas manifestaciones físicas son los astros. En esas regiones dónde había sido proyectado, sentía que no había nada más importante que unirme al Espíritu cósmico, dejarme penetrar por él para llegar a la verdadera comprensión de las cosas, una comprensión que impregnaba todas mis células.<sup>1</sup>

A veces podemos sentirnos perdidos ante la inmensidad y el esplendor del cielo. Pero perderse en la contemplación del cielo no es el objetivo, hay que ir más allá. Porque el cielo estrellado es también un libro, un libro que no sólo se dirige a nuestro intelecto. El saber que nos da se imprime en nosotros y

puede transformar nuestra vida. Éste es el verdadero saber: nos iluminamos con una luz que nos sobrepasa, y esta luz alimenta nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestros actos.

Los astrónomos observan el cielo nocturno, pero la mayoría de ellos se limitan a su realidad material. No saben que existen inteligencias que pueblan estos cuerpos celestes y que trabajan sobre ellos; todo se resume en leyes mecánicas y, así, su alma y su espíritu no ganan gran cosa con este tipo de estudios. Se parecen a los alpinistas que escalan una cima con la única meta de hacer proezas deportivas, de estudiar la naturaleza de las rocas o las variaciones atmosféricas: se olvidan de mirar la montaña, de comulgar con su belleza, con su pureza, con su poder.

La contemplación del cielo estrellado, lo mismo que la ascensión de una cima, debería dar a los humanos la solución a todos sus problemas, porque les abre las puertas de su cielo interior. El que se acostumbra a mirar las estrellas con amor, meditando en la armonía cósmica, en estas luces que vienen desde tan lejos en el espacio y en el tiempo, recorre con el pensamiento las regiones espirituales que están también en él. Pues bien, sabedlo, así es como yo leo los Libros sagrados, y en particular la Biblia, como si me acercase a un cielo cuyos astros iluminan e impregnan toda mi vida.

La Biblia ha jugado un papel inmenso en la

formación del espíritu humano. Ha sido leída y releída, ha sido traducida a todas las lenguas del mundo; se dice incluso que es el libro del que se han impreso el mayor número de ejemplares. Muchos de los que la poseen no la leen, o muy poco, pero la conservan como una especie de talismán; y muchos de los que la leen confiesan que no comprenden demasiado estos textos y que a veces se sienten desanimados.

Durante siglos, los cristianos han leído la Biblia, sencillamente, sin hacerse preguntas. En algunas casas no había otros libros. Incluso muchos aprendieron a leer con la Biblia e hicieron de ella su alimento cotidiano. Pero actualmente se diría que este texto se vuelve cada vez más ajeno a las mentalidades contemporáneas. ¡Cuántos, católicos, protestantes, ortodoxos, me han confiado que, a pesar de sus esfuerzos, esta lectura no les aporta gran cosa! Entonces, ¿qué comprendían los lectores de épocas antiguas que ya no comprenden los hombres y las mujeres de hoy?

Algunos dicen que se comprende la Biblia a fuerza de leerla y de releerla, y también que hay que prepararse para esta lectura con la oración y el ayuno... Otros aconsejan estudiar los escritos de los comentaristas. Estos consejos contienen sin duda algo de positivo, pero la verdadera respuesta no está ahí. E incluso, en muchos casos, los exégetas que se han puesto a estudiar la Biblia desde el punto de vista científico han disminuido su virtud. Su trabajo de

análisis ha hecho aparecer, sobre todo, errores de copia, lagunas, contradicciones y, en vez de encontrar la inspiración y la luz, no han hecho sino acumular materiales para discusiones y controversias sin fin. Los métodos científicos son siempre útiles, desde luego, pero según los campos en que se apliquen, su eficacia es desigual, y los misterios del alma se les escapan, sólo sirven para estudiar una ínfima parte de la realidad.

Sin duda es interesante preguntarse en qué época fue escrita tal o cual parte del Antiguo o del Nuevo Testamento, si tuvo uno o varios autores, examinar su vocabulario y compararlo con el de las lenguas vecinas. Pero este enfoque que consiste en analizar, indagar, disecar, a menudo no deja detrás suyo más que polvo y ceniza. La comprensión de los Libros sagrados, cualesquiera que sean, los Vedas, el Zend-Avesta, el Corán, exige otra forma de disciplina.

La primera regla es ponerse en estado de receptividad, para dar a las imágenes, a las sensaciones suscitadas por la lectura, la posibilidad de llevar a cabo un trabajo sobre el subconsciente. De esta manera, cuanto más leáis la Biblia, más sentiréis que una claridad se instala dentro de vosotros. Si no, sólo conseguiréis alejaros del sentido. Acabaréis incluso adoptando una actitud de indiferencia y de escepticismo, como si todo eso no mereciese más que un poco de curiosidad. Diréis que siempre es



interesante descubrir de lo que es capaz el cerebro humano, porque los que inventaron a Dios, el alma, el espíritu y los otros mundos, dieron buena prueba de originalidad e imaginación. Pero con semejante punto de vista no alimentaréis vuestra vida interior.

Todo lo que dicen los Libros sagrados es exacto, quizá no exacto según los criterios del intelecto, que se limita siempre a la letra de los textos, pero sí exacto para el alma y para el espíritu. Éste es el sentido de las palabras de san Pablo en la *Segunda Epístola a los Corintios*: “La letra mata y el espíritu vivifica...”

Las verdades expresadas en la Biblia fueron vividas por unos espíritus excepcionales. Para comprenderlas, hay que esforzarse siguiéndoles hasta las regiones a las que ellos mismos llegaron a elevarse, para entrar así en su visión de las cosas. ¿Acaso se saben interpretar mejor las parábolas de Jesús por haber estudiado la gramática de una lengua antigua, la historia de un pueblo, o la arqueología? No, para interpretar las parábolas de Jesús hace falta otra ciencia, la ciencia de los símbolos que sólo puede adquirirse con el ejercicio de las facultades del alma y del espíritu.

No podemos comprender los textos sagrados mientras no lleguemos a vibrar en la misma longitud de onda que sus autores: su lengua, su verdadera lengua, sigue siéndonos extraña. Hay que sentir lo que ellos sintieron, vivir lo que ellos vivieron, es

decir, elevarse hasta su nivel de conciencia; y entonces, verdaderamente, ¡la luz brota!<sup>2</sup>

Pero este nivel de conciencia elevado sólo puede ser alcanzado si mejoramos nuestra manera de vivir, si nos mostramos más atentos, más respetuosos con las leyes del mundo espiritual. ¡Cuántos creen que podrán proyectarse a los planos superiores sin cambiar nada en sus hábitos de vida y de pensamiento! Pues no, por mucho que se entreguen a elucubraciones de todo tipo, se quedarán en “la letra” y no comprenderán.

Los patriarcas, los profetas, que eran Iniciados, pudieron elevarse hasta el mundo divino gracias a una disciplina de vida. Esta disciplina de vida es la que nosotros debemos adoptar para subir, en pos de ellos, hasta ese lugar en el que tuvieron revelaciones, no hay otros métodos. Así que, si queréis leer la Biblia, empezad por preguntaros lo que debéis mejorar en vuestra existencia, y no os inquietéis si no lo comprendéis todo inmediatamente. ¡Hay tantos textos difíciles! El *Génesis*, por ejemplo, o el *Apocalipsis*... Pero leed sin turbaros, y tratad de elevaros con el pensamiento rogando al Espíritu santo para que venga a iluminaros.

En varias ocasiones os he leído, en el *Evangelio de san Juan*, el pasaje que se llama la Oración sacerdotal: “Padre, ¡ha llegado la hora! Glorifica a tu hijo, para que tu hijo te glorifique, puesto que

*Tú le has dado poder sobre toda carne, para que conceda la vida eterna a todos aquellos que Tú le has dado...”*

Lo que dice este texto quizá no sea comprensible en el sentido intelectual del término; pero, puesto que viene del alma y del espíritu de Cristo, es a nuestra alma y a nuestro espíritu a los que se dirige, y sobre ellos ejerce su poder; y, una vez que estas palabras han alcanzado nuestra alma y nuestro espíritu, todo nuestro ser, hasta nuestro cuerpo físico, siente sus vibraciones. *“He hecho conocer tu nombre a los hombres que Tú me has dado del medio del mundo. Eran tuyos y Tú me los has dado; y han guardado tu palabra... Les he dado la gloria que Tú me has dado para que sean uno, como nosotros somos uno – yo en ellos y Tú en mí – para que sean perfectamente uno y que el mundo conozca que Tú me has enviado y que Tú les has amado como Tú me has amado. Padre, quiero que allí donde estoy, aquellos que Tú me has dado estén también conmigo, para que vean mi gloria, la gloria que Tú me has dado, porque Tú me has amado antes de la fundación del mundo...”*

Sí, estas vibraciones que vienen del mundo del alma y del espíritu son sentidas por todo nuestro ser, y algo que dormitaba en nosotros se despierta y se pone en movimiento. Los textos bíblicos, cuyo estilo critican a menudo ciertos eruditos, son comparables a corrientes de fuerzas que tienen el poder

de despertar las almas, de colmarlas, de curarlas. La Oración sacerdotal es uno de los textos más auténticos, más verídicos, más profundos que podamos leer. ¡Y peor para aquellos que se limitan a hacer un análisis crítico!

En el transcurso de la última cena que hizo con sus discípulos, Jesús les dijo: *“Ahora, me voy hacia Aquél que me ha enviado. Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero no podéis llevarlas ahora. Cuando el Consolador haya venido, el Espíritu de Verdad, él os conducirá en toda la verdad...”*<sup>3</sup> Con estas palabras Jesús atraía la atención de sus discípulos hacia el papel esencial del espíritu. Sí, el espíritu, ¡no la letra! Así que, impregnaos de la palabra evangélica meditándola, exaltando su esencia en vosotros mismos, conectándoos con las entidades celestiales. El día en que lleguéis a experimentar estas grandes verdades como realidades vivas y activas dentro de vosotros, todo vuestro ser interior será purificado por ellas, iluminado, regenerado.

### **Notas**

1. *La vía del silencio*, Colección Izvor n° 229, cap. XIII: “Las revelaciones del cielo estrellado”.
2. “*Y me mostró un río de agua de vida*”, Parte VIII, cap. 3: “La ascensión de las montañas espirituales”.
3. *La verdad, fruto de la sabiduría y del amor*, Col. Izvor n° 234, cap. VII: “El rayo azul de la verdad”.